

EL CUERPO HUMANO Y SU RESURRECCIÓN

La dimensión física del ser humano trasciende los atributos simples que le otorga la sociedad y la mirada materialista con la que se lo suele considerar. Como creación de Dios, el cuerpo es parte inseparable del hombre y de su proyecto, y está marcado por la gracia del amor de Dios. Y así como ocurrió con el cuerpo de Jesús, el del hombre también ingresa dentro del misterio de la resurrección. Aquí se presentan, entonces, dos artículos que reflexionan sobre los rasgos verdaderos del cuerpo humano y sobre su realidad después de la muerte.

Padre Ricardo, MPD

1. ¿QUÉ ES EL CUERPO HUMANO?

El ser humano vive expresándose por medio de su cuerpo. Por la calle los hombres caminan, hablan y se mueven en multitud. Lo que vemos, apreciamos o tocamos tiene la forma física de un cuerpo humano y cada cuerpo es semejante a otros pero distinto de los demás.

Podemos preguntarnos: ¿qué es el cuerpo para el ser humano? ¿El cuerpo totaliza toda la persona humana de modo que por él se expresa y en él se acaba?

Como creyentes y cristianos sabemos que el saber del hombre no se acaba en

los datos sensitivos que nos da nuestra corporalidad. El ser humano es también un ser cultural capaz de pensar racionalmente y de desarrollar un conocimiento científico, relacional y cultural. Pero además, nosotros contamos con datos que vienen de la *revelación* que Dios hace a la humanidad. La fe le alcanza al pensamiento humano también datos sobre la trascendencia de la persona.

En una parábola primordial en la Biblia (en Génesis 2, 18ss.), Dios aparece creando al ser humano. El hombre es un proyecto de Dios. Él lo crea con un elemento físico que es la tierra. El Dios artesano modela un cuerpo de tierra que permanece inerte.

Para que tenga vida, Dios sopla sobre su cuerpo y le da un elemento espiritual que trasciende y anima al cuerpo.

Al recibir el soplo de Dios, se suceden varias cosas:

- El ser humano está sustancialmente compuesto por dos principios o realidades: la material visible y la espiritual invisible. Por la primera está sometido al tiempo histórico y, por la segunda, a la eternidad de Dios.
- Al recibir el soplo de Dios, el ser humano aparece como imagen de Dios. Por eso es un ser personal. En la naturaleza hay cuerpos animados pero no son personas sino animales. No son capaces de ser dueños de sí mismos, de progresar y de amar.
- El ser humano tiene un cuerpo personalizado, pero la persona no se agota en él, sino que es la hermosa creación humana del amor de Dios. Existen otras personas que no están corporizadas. Tal es el caso de las Personas de la Trinidad divina y las personas de los seres angélicos.

Al igual que la persona, el cuerpo es único, singular y personal. No es como un robot de funcionamiento mecánico, es una realidad "carnal" pero no meramente im-

pulsiva o instintiva que "animaliza" a la persona. Esa es la concepción materialista de la vida. La persona en esa concepción queda sometida al consumismo de la alimentación y a la expresión genital del sexo.

Por la fe sabemos, y como seres humanos lo experimentamos, que en la naturaleza humana hay un desorden interior que invita y empuja a la persona a vivir desordenadamente respecto de la calidad de vida dada y querida por Dios. Esta "tendencia o inclinación al mal" es lo que teológicamente se llama *concupiscencia* (Cf. 2 Pd 1,4) y al mal obrar, la revelación de Dios lo llama *pecado*.

Pero eso no quita que la persona pueda tener un cierto dominio de sí y de su "naturaleza adámica". La misma persona que se expresa por su cuerpo y es dueña de su naturaleza debe trabajarla y darle forma de imagen de Dios en la búsqueda de la santidad.

Podemos indicar el valor dado al cuerpo por la gracia y el Amor de Dios señalando lo siguiente:

- El cuerpo como creación de Dios es parte sustantiva del proyecto que Él le da a la persona humana. No es un elemento secundario, ni una cáscara que, tras su muerte, se tira y a la cual no se le da importancia. Aun en la tras-

condencia eterna de la persona, ésta requiere su cuerpo que la completa como ser humano. De aquí que, aunque sea un misterio, la fe de la Iglesia hable de “la resurrección de la carne o de los cuerpos” (Cf. 1 Cor 6, 14).

- Dios mismo ha asumido el cuerpo humano para revelarse históricamente a los hombres en Jesús de Nazaret. Su cuerpo, al ser entregado en el suplicio de la cruz, ha servido para quitar el pecado del mundo y establecer una nueva alianza entre Él y los hombres.
- Como la muerte no puede limitar a Dios, el cuerpo humano de Jesús ha sido glorificado en su resurrección y es señal del amor que Dios nos tiene en la integridad de nuestro ser.
- La vida nueva que caracteriza al cuerpo y la naturaleza humana de Jesús se derrama y circula en la comunidad de la Iglesia, por eso ésta se la puede denominar “cuerpo místico de Jesús”.
- El cuerpo humano ha sido creado por Dios en la diversidad de dos cuerpos: el cuerpo masculino, que en su vigor físico puede ser considerado como expresión de la *fuerza* de Dios, y el cuerpo femenino, que en su delicadeza puede ser considerado expresión de la *belleza* de Dios.

Tanto el cuerpo masculino como el femenino, en el proyecto bíblico de Dios están orientados al matrimonio, a la procreación y a la comunidad familiar de la sociedad.

Por sí mismos, para Dios, el cuerpo humano tiene un valor incalculable para la santidad. Después de afirmar que el cuerpo no está hecho para la fornicación y la prostitución, el Espíritu deposita, a través de san Pablo, esta pregunta: “¿No saben ustedes que sus cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en ustedes y ha recibido de Dios? Por lo tanto, ustedes no se pertenecen, sino que han sido comprados, ¡y a qué precio! Glorifiquen entonces a Dios en sus cuerpos” (1 Cor 6, 19-20).

LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO

En la Pascua celebramos, como fiesta, la resurrección de Jesús: ella es la garantía de nuestra fe. Cuando, después de la muerte de Jesús, los discípulos fueron a visitar su sepulcro (Cf. Jn 20, 1-10), lo encontraron vacío y hallaron la manifestación de Dios que les decía: “No está aquí porque resucitó como él lo había dicho” (Mt 28, 6). La misma referencia hace san Lucas: “¿Por qué buscan entre muertos al que está vivo?” (Lc 24, 5).

Es el mismo Jesús resucitado el que va a dar testimonio ante los apóstoles y dis-

cípulos de su propia resurrección durante cuarenta días: "Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo" (Lc 29, 39). En el camino de Emaús, Jesús, como Maestro, les enseña a dos discípulos la interpretación de las profecías que hacen alusión a él (Cf. Lc 24, 27).

A Tomás, que no había creído el testimonio de sus compañeros apostólicos, se le aparecerá expresamente y le dirá: "Tomás, en adelante no seas incrédulo sino hombre de fe" (Jn 20, 27b). Y a nosotros, los cristianos de hoy, nos dirá desde esa ocasión: "¡Felices los que creen sin haber visto!" (Jn 20, 29).

1. Nuestra fe

Desde la fe pascual, también nuestra muerte está vinculada a la muerte y resurrección de Jesús. Él es la cabeza de la Iglesia y nosotros su cuerpo (Cf. Ef 1, 22-23). Por eso, la muerte de nuestro cuerpo está asociada a la resurrección de Jesús. La Iglesia hablará de la "resurrección de la carne", es decir, de nuestro cuerpo.

San Pablo se preguntará: "¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo?" (1 Cor 15, 35). Estamos ante un misterio. Y el apóstol va a mostrarlo a través de una imagen: la de una semilla, que es nuestro cuerpo ante el poder creador y recreador de Dios. Y dirá: "Lo que siembras no llegará a tener vida, si antes no

muere" (v. 36). Lo que se da en la naturaleza y es patente para nosotros, sucederá en la semilla de nuestro cuerpo. Y Pablo desenvuelve esa imagen: "Y lo que siembras, no es la planta tal como va a brotar, sino un simple grano, de trigo por ejemplo, o de cualquier otra planta. Y Dios da a cada semilla la forma que él quiere, a cada clase de semilla, el cuerpo que le corresponde" (1 Cor 15, 37-38). "Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos: se siembran cuerpos corruptibles y resucitarán incorruptibles; se siembran cuerpos humillados y resucitarán gloriosos; se siembran cuerpos débiles y resucitarán llenos de fuerza; se siembran cuerpos puramente naturales y resucitarán cuerpos espirituales. Porque hay un cuerpo puramente natural y hay también un cuerpo espiritual" (1 Cor 15, 42-44).

Pablo hace una enseñanza respecto de este misterio: "Les aseguro, hermanos, que lo puramente humano no puede tener parte en el Reino de Dios, ni la corrupción puede heredar lo que es incorruptible" (1 Cor 15, 50). Al final de la historia, ante el regreso del Señor, "todos seremos transformados" (v.51b): "En un instante... los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados" (v.52). Como cuerpo de Jesús, también nosotros participaremos de la inmortalidad de Jesús: lo que es corruptible debe revestirse de la incorruptibilidad y lo que es mortal debe

revestirse de la inmortalidad. Es el triunfo final del amor y la misericordia de Dios sobre la muerte (Cf. 1 Cor 15, 26; Rom 8, 37).

¿Cómo enseña la Iglesia esto? Podemos leer algunos trozos de esta doctrina en el Catecismo Católico:

- *Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día (Cf. Jn 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad: "Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a sus cuerpos mortales por su Espíritu que habita en ustedes" (Rom 8, 11; Cf. 1 Tes 4, 14; 1 Cor 6, 14; 2 Cor 4, 14; Flp 3, 10-11) (Nº 989).*
- *El término "carne" designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad (Cf. Gn 6, 3; Sal 56, 5; Is 40, 6). La "resurrección de la carne" significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros "cuerpos mortales" (Rm 8, 11) volverán a tener vida (Nº 990).*

El "cómo ocurrirá la resurrección" sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que por la fe. Pero nuestra participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo: *"Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección"* (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 4, 18, 4-5) (Nº 1000).

2. El sentido de la muerte

Y nosotros, ¿cómo podemos explicar este misterio a la luz de la experiencia del proceso de nuestra vida humana y de la antropología?

La imagen de la semilla y la planta es válida para visualizar la gracia de nuestra concepción y nacimiento.

La semilla del momento de la concepción se transforma en la planta de un ser humano que nace y se desarrolla en la tierra del vientre materno. Esta planta tiene la duración de la edad en su vida histórica; y el proceso humano hecho visible en el cuerpo incluye su reintegración a la tierra, de acuerdo a la sentencia bíblica: "Polvo

eres y al polvo volverás" (Gen 3, 19b). El hombre que ha sido sacado de la tierra (Cf. Gen 2, 7), con la muerte se convierte en tierra, ¡solo Dios puede sacarlo de la muerte y de la tierra!

Antropológicamente, la *tradición bíblica* acepta la corrupción del cadáver como proceso natural del cuerpo.

Pero en nuestra época, por distintos motivos culturales, se ha ido desarrollando una tradición panteísta de oriente que quiebra este proceso natural con la incineración del cuerpo. La Iglesia acepta esta práctica mortuoria "cuando con ella no se cuestiona la fe en la resurrección del cuerpo", dice el CIC nº 2301.

Dada la diversidad de repercusiones culturales y religiosas que pueden surgir de una tradición popular, podemos entonces preguntarnos sobre el fundamento de esta tradición oriental y el motivo de su aceptación católica.

La tradición panteísta de oriente tiene como base la creencia de que el absoluto de la vida es *la energía*. El ser humano no es valorado por su persona, aunque haya una praxis de introspección budista, muchas veces conocida por el yoga, que no es la única praxis. En esas prácticas, la persona se pierde en el todo. En la muerte, la incineración del cuerpo va acompañada

por el esparcir las cenizas para que ellas se reintegren a la energía universal. No hay conciencia de la eternidad de la persona ni de un Dios de dimensión personal.

Y esto nos alerta sobre lo que es propio de la oración como encuentro personal con Dios. La oración no es un modo de introspección, para encontrarse con la naturaleza profunda de sí mismo, porque esto sería una forma de buscarse a uno mismo sin salir de sí. La oración es un salir de sí para encontrarse con el Otro personal divino. La oración, propiamente, es un gesto de querer vivir la alianza con Dios en su Presencia (Cf. Ef 1, 4).

La Iglesia, a través de la historia, ha procurado "cristianizar" las tradiciones populares para que no se opongan a la fe. Así sucedió, por ejemplo, con la fiesta pagana del nacimiento del sol, que se celebraba al comenzar el verano (diciembre) en el hemisferio norte. A esta festividad, pastoralmente, se la asoció con la imagen bíblica de Cristo como el "Sol de Justicia" y así se popularizó la Navidad como el nacimiento de Jesús, dato que históricamente se desconoce. Pero quedó incorporado a la devoción de la piedad popular cristiana.

La Iglesia admite esta tradición de la incineración, como bien se la ha señalado en un artículo de *Cristo Vive, ¡Aleluia!**, y ha creado religiosamente la posibilidad

de *cinerarios*, donde las cenizas esperan la resurrección de los cuerpos.

Con respecto a repercusiones en las costumbres humanas, no podemos dejar de señalar su incidencia en lo que son los velatorios y el lugar del cementerio.

Al quedar reducido el cuerpo a las cenizas, el velatorio deja de ser un momento de luto y encuentro familiar, y el cementerio (a veces con un "panteón familiar"), un lugar de visitas y aniversarios. El velatorio se transforma en un encuentro rápido y de tiempo abreviado y el cementerio, en un trámite fugaz. La Iglesia ha habilitado en parroquias un lugar común de cenizas incineradas que expresan la resurrección de los cuerpos y ante las cuales se celebran algunas "misas aniversario".

3. El misterio del cuerpo

Para la fe de la Iglesia, el cuerpo humano es un misterio de gran transcendencia. Antropológicamente, este es la expresión visible de la persona y el medio por el que se expresa. Un cuerpo disminuido en su capacidad reduce la posibilidad de la expresión física y psíquica de la persona. En los términos clásicos, podemos decir que cuerpo y alma son coesenciales. No puede existir uno sin el otro para que haya una naturaleza humana. Una persona sin la expresión corporal será una persona angélica pero no una humana. Por eso, para la eter-

nidad, la persona requiere la resurrección de su cuerpo que es misterio del poder y obrar de Dios.

La Palabra de Dios llega a revelar que el cuerpo, como tal, es templo del Espíritu Santo. Por eso "el cuerpo -en la expresión de su intimidad sexual- no es para la fornicación, sino para el Señor" (1 Cor 6, 13b). "Dios que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros con su poder" (1 Cor 6, 14).

Y Pablo, en el contexto de la vida matrimonial, hace esta revelación: "¿No saben que sus cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en ustedes y que han recibido de Dios? Por lo tanto, ustedes no se pertenecen sino que han sido comprados, ¡y a qué precio! Glorifiquen a Dios en sus cuerpos" (1 Cor 6, 19-20).

La conciencia de esta revelación es de gran valor cuando hay matrimonios que desean hacer de su vida conyugal un camino unificado en la santidad. En el Movimiento de la Palabra de Dios es propio de los matrimonios que hacen un camino y un compromiso de vivir como "dedicados a Dios"². Esta gracia privilegiada de Dios, hoy está certificada en la Iglesia por la beatificación de los matrimonios, como en el caso de los padres de santa Teresita y del matrimonio Quattrocchi.

En la experiencia eclesial, además, es elocuente que se hayan encontrado *cuerpos incorruptos* de muchos santos mientras, en el trámite de canonización, se revisaba el cuerpo enterrado y, muchas veces, además, fue expuesto a la pública veneración de los fieles. En esos casos, Dios parece querer confirmarnos que la virtud y la santidad de la persona trascienden la muerte biológica y la consecuencia de su corrupción corporal.

Jesús mismo había revelado a sus amigos de Betania el misterio de la resurrección y, como signo de su veracidad, resucitó a Lázaro. Le dijo a Marta, "tu hermano resucitará" y ella le respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día" y entonces Jesús manifestó: "*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que cree en mí no morirá jamás*" (Jn 11, 23-26). Y la última expresión de ese diálogo vale también para nosotros: "¿Crees esto?". Podemos hacer nuestra la respuesta de Marta (Cf. Jn 11, 27).

Lo que el Apocalipsis revela bajo la imagen de "las bodas del Cordero" (Cf. Apoc 19-22) como fe que cree en la esperanza de una certeza, nosotros habitualmente lo confesamos en el contexto de la Eucaristía, el sacramento pascual de Jesús. Después que el sacerdote ha consagrado el pan y el vino, proclamamos como Pueblo de Dios:

"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ¡ven Señor Jesús!"... ¡Pedimos su regreso para que se glorifique, también, nuestro cuerpo resucitado!

Padre Ricardo, MPD

*Véase el artículo "¿Qué hacemos con las cenizas de nuestros familiares fallecidos?", *Cristo Vive, ¡Aleluia!*, N° 195, P. Juan Bautista Duhau, pp. 26-27.

**Véase el artículo "Matrimonios dedicados a Dios", *Cristo Vive, ¡Aleluia!*, N° 55, P. Ricardo, pp. 6-7.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@crisovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.crisovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)